

Los trabajos recopilados en este volumen constituyeron inicialmente las primeras conferencias de una serie organizada por la *Freistudentischer Bund* sobre el tema del trabajo intelectual y pronunciadas en la Universidad de Múnich durante el invierno de 1918. Las notas que acompañan a los textos fueron tomadas en su mayor parte de la edición francesa publicada por Librairie Plon, 1959. El ensayo *La ciencia como profesión* fue traducido por Delia García Giordano. El ensayo *La política como profesión* fue traducido por J. L. B. Fueron publicados por primera vez por LUDGOCOR en 1966.

Diagramación: Oscar Cammarano, Estela Escobar
Asesoramiento artístico: Oscar Díaz
Secretaría de producción: Oyar Troncoso
Coordinación y producción: Martín Lukatskiy,
Fernán E. Marquina

© 1980-1991 Centro Editor de América Latina S.A.
Tucumán 1726, Buenos Aires

Haced el depósito de ley: libro de editor argentino. Impreso en
Carmel Lidoardo 2545, L. Uca Oeste, Prov. de Bs. As. Encuader-
nado en Haly, Av. Mosconi 840, Tomas del Mirado, Prov. de Bs.
As. Distribuidores en la República Argentina: Capital: Martín Cam-
millaro e Hijos, Echeverría 2460, 5º 10º, Buenos Aires. Interior:
Lapu S. L. Azam 225, Capital.
Impreso en: Lino de 1991

ISBN: 050-25-2026-9

INTRODUCCION

La obra de Max Weber constituye un momento clave del pensamiento social del siglo XX. El autor de *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo* y del tratado de teoría social *Economía y Sociedad*, sus trabajos más conocidos, fue un penetrante observador y analista de las tendencias de la sociedad industrial y sus interpretaciones continúan siendo un marco de referencia estimulante a 60 años de su muerte. Paralelamente a su labor académica, escrita en un contrapunto polémico con las teorías de Karl Marx, Max Weber se destacó por sus reflexiones sobre la responsabilidad del intelectual y por el empeño con el que alertó sobre los desafíos puestos por la creciente burocratización de la sociedad de masas a los valores de la realización personal y la libertad política. Esta doble preocupación se encuentra reflejada en las dos conferencias "La ciencia como vocación" y "La política como vocación" reunidas en este volumen.

Max Weber nació en 1864. Su padre, proveniente de una familia de industriales textiles, fue un conocido abogado y parlamentario durante la Alemania de Bismarck. Su madre era una mujer de cultura y profundamente religiosa. Reinhard Bendix, en su biografía, anota algunos hechos: "Un ataque de meningitis a la edad de cuatro años, el ambiente propicio de su hogar y una predilección por los libros lo llevaron a aislarse de sus pares desde muy temprano, empujándolo al mismo tiempo a la rutina escolar de sus maestros. Repelido tanto por la complacencia victoriana de su padre como por la fuerte devoción de su madre se convirtió en un estudiante precoz".

Retraído de la gente, absorto en sus lecturas, comienza a forjar la disciplina de trabajo que he-

¹ Bendix, Reinhard, *Max Weber*, Amorrotu Editores, Buenos Aires, 1972. Los datos biográficos han sido extraídos de esta obra.

brá de permitirle, a pesar de las contingencias de su vida, realizar una obra notable. En 1887 se inscribe en la carrera de Derecho de la Universidad de Heidelberg. Tiene entonces 18 años. Su carácter se transforma con el ingreso a la universidad. Sin descuidar sus estudios, se integra rápidamente al estilo de vida de las fraternidades estudiantiles de la época, verdaderas comunidades en las que los estudiantes pasaban los años de su juventud, con sus desahios, sus borracheras, su romanticismo: de un adolescente huraño se convierte en un joven fuerte y agresivamente viril. Concluye con sus estudios de abogacía en 1896 y tres años después presenta su tesis doctoral *Contribución a la historia de las asociaciones comerciales medievales*. Debe luego realizar las prácticas profesionales establecidas para su nuevo status. Toma contacto, así, con los problemas políticos y sociales de las provincias rurales del este del río Elba. Dicha experiencia servirá para desarrollar esa sensibilidad social que lo llevará, más adelante, a defender el derecho de los trabajadores a organizarse en sindicatos. Simultáneamente, comienza a prepararse para la carrera académica. Weber se sintió molesto por la dependencia financiera respecto de sus padres y adoptó la decisión de entrar a la universidad para lograr su independencia a breve plazo. Para aspirar a un cargo universitario comienza con el estudio de las instituciones legales, resultado de lo cual produce su segunda obra *La historia agraria de Roma y su significación para el Derecho Público y Privado* (1891). Con ella alcanza la condición de *Habilitation* en Derecho Romano, Germano y Comercial en la Universidad de Berlín.

Con todo, su ingreso a la universidad es reluciente; escribe entonces "Comprendo que no debería abandonar la vida de la experiencia práctica, puesto que ahora sé que podría alcanzar algo en esta dirección, lo que de ningún modo es seguro en el caso de una carrera académica". El tiempo

pasado durante su práctica profesional, que será la fuente de una amplia investigación sobre los obreros rurales del este del río Elba a publicarse en 1892, dejará en Weber una permanente nostalgia por la vida pública. En el futuro volverá esporádicamente a ella, pero nunca terminará de saciar su apetencia por la acción. Así, poco después de obtener su primer nombramiento académico, solicita un cargo de abogado en el municipio de Bremen debido a su "gran anhelo por desempeñar un oficio práctico". En 1893 se casa con Marianne Schitger y abandona la casa de sus padres. Hacia el otoño de 1894 es designado profesor de Economía de la Universidad de Friburgo, en la que un año más tarde pronuncia su disertación inaugural sobre *El Estado Nacional y la Política Económica*. Para entonces ya se ha ganado una reputación intelectual y tiene delante de sí la perspectiva de una brillante carrera académica. Sin embargo, sobreviven en él sus viejas dudas. "Después de todo —escribe por esa época— no soy un intelectual. La actividad científica es para mí una ocupación en las horas libres. El sentimiento de estar activo de un modo práctico es indispensable para mí; espero que la parte pedagógica de mi profesión habrá de satisfacer ese anhelo".

Su incorporación a la carrera académica fue, sin embargo, de corta duración. Apenas cinco años después de su ingreso, en 1897, siendo profesor en Heidelberg, se siente enfermo y debe abandonar su cargo. Tiene 33 años. Padece un serio trastorno psíquico que anula su fortaleza y laboriosidad características. ¿Fueron estas cualidades las que, exacerbadas, lo llevaron a la enfermedad que lo alejó de toda actividad? Lazarsfeld y Obershall comentando este acontecimiento insinúan una explicación diferente. Para ello enlazan los hechos que precedieron a la crisis tal como

¹ Lazarsfeld, Paul y Obershall, Anthony, "Max Weber and Empire: Social Research in American Geographical Review, vol. 30, no. 2, 1931, 1932.

los presentó a esposa de Weber. Esto estuvo fuertemente ligado a su madre, a diferencia de la distancia que siempre guardó en sus relaciones con su padre. A la edad de 33 años, casado y residiendo fuera de la casa paterna tiene una violenta discusión con su padre. La cuestión en litigio era si la madre habría de obtener permiso para visitar sola a su hijo y permanecer con él por lo menos un mes por año. La discusión produjo la separación de sus padres: el padre partió solo de viaje y murió dos semanas más tarde sin haberse reconciliado con su hijo. Sin avanzar más allá de esta breve narración de los hechos los autores citados sostienen que esa atmósfera familiar debió gravitar negativamente sobre Weber.

Durante los años de su convalecencia realizó varios viajes, pasando la mayor parte del tiempo en Italia. Luego de casi cuatro años pareció recobrar-se y hacia 1901 retornó a sus tareas intelectuales, aunque con reiteradas suspensiones. En 1903 aceptó el cargo de editor asociado de la influyente publicación *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* y a través de ésta renovó los contactos con el medio académico. Fue en esa oportunidad que se realizaron negociaciones para recobrarlo como profesor en Heidelberg, pero, finalmente, no estuvo en condiciones de hacerse cargo. En 1904 visitó EE.UU. y a su regreso la Universidad de Heidelberg y el Ministerio de Educación llegaron a un generoso acuerdo que le permitió conservar su posición universitaria con una dedicación parcial. En ese año publicó su clásico *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*. En 1907 el cobro de una herencia le permitió prescindir de sus obligaciones universitarias y vivir como profesor privado. Los años subsiguientes fueron de una intensa actividad; continúa con sus estudios sobre sociología de las religiones, redacta los ensayos de teoría social que serán recopilados en *Economía y Sociedad*, publica sus polémicos ensayos políticos.

Su incursión en la vida política, limitada todavía a una faz literaria, se dio en el marco del liberalismo alemán en el que se había formado. Su obsesión permanente fue la de cómo adaptar los principios liberales a las condiciones de la sociedad industrial emergente —condiciones que juzgaba negativas debido a la paralela expansión de las grandes burocracias públicas y privadas que poco margen iban dejando a la libre iniciativa de los individuos. Weber vio en la tendencia a la racionalización burocrática una fuerza irresistible propulsada por la lógica del capitalismo a ser cada vez más productivo y eficiente. Al mismo tiempo, vio en ella un peligro para la supervivencia de los valores liberales. El remedio marxista a los problemas de la sociedad moderna —la abolición de la propiedad privada— le pareció contradictorio, porque la socialización no habría de poner fin a la alienación sino que, por el fortalecimiento de la propiedad pública, terminaría creando una "nueva cárcel de hierro de la servidumbre", en la que sólo tendrían lugar autómatas y no sujetos que reivindicaran el uso de la iniciativa personal.¹

La visión del futuro que emergía de sus escritos políticos era ciertamente pesimista; sólo abandonaba ese tono para sugerir que, si alguna opción existía frente a la perspectiva de la petrificación de la dinámica social por obra de la racionalización burocrática, ésta vendría de la mano de la intervención disruptiva de los grandes líderes carismáticos. Siguiendo a Nietzsche, Weber confió a éstos la tarea de revolucionar periódicamente la sociedad, definiendo nuevos valores y objetivos e hizo de la dialéctica carisma y burocracia la clave del desenvolvimiento histórico.² Cuando, una vez concluida la Primera Guerra Mundial y caída la monarquía, se integró a la Comisión Redactora de la Constitución de la República de Weimar procuró

¹ Morinzen, Wolfgang J., *The Age of Disenchantment: Disenchantment in the Political Sociology of Max Weber*, 3 edic. L. Oxford, 1971.
² Fliechmann, E., "Die Weber'sche 'Utopie'", *Zoologisches Anzeiger für Soziologie*, vol. 5, 1962.

influir con estas ideas en la reforma de las instituciones. Así abogó por el establecimiento de una democracia plebiscitaria, en reemplazo de la clásica democracia parlamentaria de los políticos de profesión; en su concepción, la democracia plebiscitaria era una versión de la dominación carismática que derivaba su legitimidad del consenso de los gobernados electoralmente expresada y en la que el líder plebiscitario ejercía el control de la maquinaria gubernamental y del partido.¹ Con esta propuesta Weber ya había abandonado el marco del liberalismo tradicional y su visión del orden democrático. La historia quiso que Alemania conociera un remedo caricaturesco de su democracia plebiscitaria pocos años más tarde, pero él no alcanzaría a verlo pues murió a los 56 años el 20 de junio de 1920.

El nombre de Max Weber ha quedado asociado con la idea de la objetividad de las ciencias sociales y con su neutralidad valorativa. La distinción por él propuesta entre juicios fácticos, que serían la materia prima de la ciencia social, y juicios de valor, que serían ajenos a ella, así como su advertencia a los científicos sociales para que se abstuvieran de formular sus preferencias ideológicas desde sus cátedras, han gravitado fuertemente sobre los medios sociológicos en el correr del siglo. La recepción que tuvieron las propuestas de Weber no estuvo con frecuencia, sin embargo, en la línea sugerida por él y, en rigor, han sido el telón de fondo de una discusión permanente sobre el status de las ciencias sociales.

Así, las tendencias dominantes de la sociología en EE.UU. a fines de los años 50 se apoyaron en una versión *ad hoc* de las ideas del sociólogo alemán para proclamar la necesidad de una teoría social libre de valores, capaz por otro mismo de generar un conocimiento positivo en condiciones de explicar y predecir los fenómenos sociales. Una

derivación natural de esta posición —al menos así ocurrió entonces— fue la postulación de un saber científico que tendría un privilegio especial sobre las otras maneras de percibir y comprender la vida social; de allí a arrogarse el usufructo de ese privilegio, auspiciando una suerte de ingeniería social para la cual los problemas sociales y los destinos de la sociedad serían sólo cuestiones técnicas a resolver por profesionales neutrales había un solo paso y éste fue dado por muchos científicos sociales.

Curiosa trayectoria la del pensamiento de Weber que sirvió para justificar las mismas deformaciones que se proponía combatir. En efecto, si se ubica el contexto histórico en el que Weber formuló sus ideas sobre la ciencia social y los valores se advierte que éstas fueron elaboradas en reacción a quienes utilizaban su condición de científicos sociales para dar visos de legitimidad a opciones ideológicas circunstanciales. Los argumentos epistemológicos a los que Weber apeló para fundar sus propuestas han sido objeto de una intensa controversia, gran parte de la cual estuvo dirigida menos contra él que contra quienes dieron una visión domesticada de sus ideas.

La pretensión de Weber de expurgar los juicios de valor de las descripciones factuales ha sido corrientemente recibida con reservas, porque se ha sostenido que la conexión entre los llamados "hechos" y las valoraciones está incluida en la estructura misma del análisis social. Dicha conexión está presente ya en la adopción de un marco de explicación determinado, en la medida en que éste "implica una noción de lo que es bueno y un conjunto de valoraciones que no pueden ser eliminadas a menos que se elimine el marco de explicación mismo".² La única opción abier-

¹ Staley, T. S. "Max Weber: Myth or Mirrors of Traditional Sociology?" in *The Sociological Review*, vol. 13, no. 1, p. 113-136.

² Taylor, Charles. "Radical Impossibility," en *Philosophy, Science and Society* (Third Series), ed. F. Lusiato y W. G. Runciman. Blackwell, Oxford.

ta sería limitarse al establecimiento de hechos puntuales que podrían ser compatibles con múltiples marcos conceptuales, como por ejemplo, una correlación estadística entre el nivel de ingreso de las personas y el nivel de educación. Pero la cuestión es que la ciencia no puede prescindir de la teoría y como los hechos puntuales no tienen sentido fuera de ella los problemas normativos están siempre presentes. Esta conciencia de la irreductible presencia de las opciones valorativas dentro de la investigación social que hoy comparte gran parte de la epistemología contemporánea no existió en Weber. No obstante ello, se preocupó a su modo de evitar que los valores entraran de contrabando en el discurso de los científicos sociales y contribuyó a desgarrar la inocencia de los colegas de su época.

En la segunda mitad del siglo XIX fue común entre los científicos sociales de Alemania la creencia según la cual los académicos poseían un conocimiento especial que los habilitaba a definir racionalmente los objetivos de las políticas sociales.¹ Estos fueron los años marcados por el lanzamiento de los programas de legislación y administración de Bismarck, entre cuyos rasgos más salientes estuvo la fijación de tarifas aduaneras destinadas a impulsar la industria y la agricultura y la implementación de programas de seguridad social y salud dirigidos a responder a los problemas de las clases obreras atraídas por los centros industriales. En torno de estos objetivos se desarrolló una corriente de intelectuales simpatizantes de Bismarck, liderada por los economistas Gustáv Schmoller y Adolf Wagner. La *Asociación de Política Social* creada en 1871 constituyó su centro de actividades. Dicha institución se proponía ser un forum para la expresión de las diversas opiniones existentes en el medio académico sobre

la formulación racional de una política social. A través de asambleas anuales, dedicadas al examen de los problemas de relevancia pública, con la asistencia de profesores, empresarios y funcionarios estatales, la Asociación se desarrolló durante sus primeros treinta años animada por la concepción, en boga en la época victoriana, según la cual los espíritus progresistas podían resolver las cuestiones más complejas de la vida social con sólo aplicar a ellas su saber.

Max Weber se sumó a la *Asociación de Política Social* e hizo su primera intervención en 1893; para entonces el ateneo de expertos se encontraba dividido. Del programa de Bismarck sólo habían sobrevivido intactas sus ideas nacionalistas y Weber mismo se convirtió en un ferviente partidario de un destino imperial para Alemania. Pero en materia de política social tanto él como su hermano Alfred se ubicaron en el ala izquierda, desde donde progresivamente fueron asumiendo la dirección de la crítica a la orientación conservadora de Schmoller y Wagner. Los hitos de ese debate fueron 1905 y 1909 y en ellos fue cobrando forma el alegato de Weber en favor de la neutralidad valorativa. A primera vista, su argumentación no podía ser más paradójica y ello fue lo que sorprendió a sus adversarios. Weber, que en la ocasión recibió el apoyo de J. Schumpeter, sostuvo en la polémica que conmovió a la Asociación la necesidad que los científicos sociales se abstuvieran de hacer juicios de valor y confinaran su labor a las restricciones de la ciencia positiva. Esta demanda, lanzada en el seno de una institución que se ocupaba de cuestiones como la política de transportes, la reforma de los organismos de gobierno, la legislación social y laboral, cuestiones todas que presuponian juicios valorativos, chocó a Schmoller y sus seguidores. Particularmente partiendo de alguien que estaba lejos de vivir en una torre de marfil y en cambio sí era participante activo de los debates públicos de la época.

¹ Binswanger, T. S., op. cit., trae una reconstrucción de los debates de la Asociación de Política Social, to. I, p. 24 por G. Schmoller en 1871.

En rigor, en su empeño por demarcar las fronteras entre la investigación empírica y los juicios de valor, Weber estaba atacando la peculiar combinación de política conservadora y ciencia social que animaba a los líderes de la *Asociación Nacional de Política Social*. "En lugar de enmascarar los juicios de valor bajo un ropaje científico —ur-gía Weber— las ciencias sociales deben hacer explícitas las opciones de valor que están detrás de las controversias públicas de la sociedad moderna y permitir que la gente tome decisiones adecuadas en función de sus propios valores, evitando así sugerirle de una manera semi-autoritaria soluciones cuasi-objetivas de los problemas sociales". La intervención de Weber escandalizó a los miembros de una institución que se pensaba como un cuerpo eminentemente "objetivo" e imparcial.

La *Asociación de Política Social* era, en los hechos, parte de lo que podríamos llamar *Establishment* y se ocupaba de encontrar métodos capaces de resolver los problemas públicos en soluciones administrativamente viables, de tal modo de ser útiles a Bismarck, al Kaiser, la Burocracia alemana. El ataque frontal de Weber causó un profundo impacto, dirigido como estaba a hacer claro que los miembros de la Asociación habían terminado colocados del lado de los opresores contra los oprimidos, devenido servidores de una burocracia cuyo desarrollo y expansión concluía por anular las libertades del individuo. El punto de partida de sus objeciones fue precisamente éste, esto es, demostrar que los valores que inspiraban a Schmoller y su corriente iban en contra de la libertad política y no que, por sostenerlos, habían violado los preceptos científicos. Fue luego que Weber se internó en la temática del status de los juicios de valor y la actividad científica, desencadenando una controversia que dura todavía.

* Max Weber, *Werkung*, J. op. cit.

Las vicisitudes de la polémica hicieron que Weber tienda a aparecer asociado con la defensa de una ciencia indiferente a los problemas sociales y que su alegato en favor de la neutralidad valorativa se confundiera con una fuga hacia la irresponsabilidad. Así, su posición ha sido con frecuencia evocada para justificar a quienes han pensado que el sociólogo en tanto que tal debe permanecer ajeno a los conflictos de su tiempo, dedicado a observar, describir, analizar y extraer conclusiones desapasionadamente. ¿Es este sociólogo, distante de la vida social, el que imaginaba Weber en sus intervenciones en la *Asociación de Política Social* en la Alemania de principios de siglo? Nada más lejos de ello. Weber era un intelectual demasiado comprometido con su hora para abandonarse a la indiferencia o predicar un resignado relativismo. Lo que sí sostenía es que la ciencia social no puede sustituir a las opciones morales individuales. "La ciencia carece de sentido, de acuerdo con Tolstói, porque no tiene respuesta para las únicas cuestiones que nos importan, las que debemos hacer y cómo debemos vivir. Difícilmente podría discutirse el hecho de que, efectivamente, no responde a estas cuestiones. El problema está, sin embargo, en el sentido que tiene afirmar que no ofrece "ninguna" respuesta y en sí, tal vez, a falta de respuesta, la ciencia no contribuye, en cambio, a plantear adecuadamente estas cuestiones". Colocado así el problema, Weber sugiere, más tarde, cómo puede efectivizarse esa contribución de la ciencia. Propone para ello: 1) la elaboración y explicación de los axiomas de valor últimos de los que se derivan las actitudes en conflicto; 2) la deducción de las implicaciones que se siguen de ciertos axiomas de valor cuando éstos sirven por sí solos para evaluar situaciones de hecho; 3) la determinación de las consecuencias factuales que tendrían ciertas evaluaciones debido a: a) estar ligadas a

* Weber, Max, "La ciencia como profesión" en este volumen.

ciertos medios; b) la inevitabilidad de ciertas y no directamente deseadas repercusiones."

Estas tres tareas que podría desempeñar la ciencia están encaminadas a hacer más aguda nuestra percepción de las opciones abiertas ante nosotros. De acuerdo con Weber, el científico social en su condición de maestro sólo puede decirnos: "Si Ud. toma tal o cual posición, entonces, de acuerdo con la experiencia científica, tendrá que usar tales y cuales medios para implementar sus convicciones. Es posible que tales medios sean de una naturaleza tal que Ud. crea que debe rechazarlos. Entonces Ud. debe simplemente elegir entre el fin y los medios reputados inevitables. ¿Es que el fin justifica la adopción de dichos medios o no? El maestro puede confrontarlo con la necesidad de dicha elección. Pero no puede más, en la medida en que desee permanecer como maestro y no volverse demagogo".¹⁰ De este modo, la tarea de la ciencia social debería ser la de hacer consciente a la gente de sus propios valores y confrontarla con los posibles conflictos derivados de los medios necesarios para realizarlos y de las probables repercusiones de ello. Con lo que la elección entre diferentes valores o cursos de acción valorativos dejaría de ser una cuestión meramente emocional para involucrar algún tipo de deliberación racional. No se cancela la necesidad de una opción —como parecería pretenderlo la actitud científicista contra la que reaccionó Weber en la que la elección se desplaza de las personas para ser depositada en manos de los expertos, sean éstos un comité de sabios o una élite política iluminista. La decisión entre valores alternativos queda en los individuos: la ciencia social, esclarecida ella misma sobre sus propias limitaciones por el trabajo de esa auto-ciencia que está en la base del debate epistemológico, sólo puede ayudarlos y

nunca sustituirlos. Como conclusión digamos que, si bien los fundamentos lógicos que llevaron a Weber a distinguir entre juicios de valor y juicios fácticos son controvertibles, su llamado a una ética de responsabilidad por parte de los científicos sociales continúa vigente. En una época en la que los aparatos burocráticos tienden a disolver las cuestiones morales involucradas en las políticas sociales en problemas técnicos su mensaje adquiere una función liberadora que debe ser escuchada si "algún resto de libertad, de movimiento individual" puede todavía ser preservado.

JUAN CARLOS TORRE

¹⁰ Weber, Max, "The Methodology of Social Science", editado por E. Shils y Henry Finch, New York, Free Press, 1919.
¹¹ Weber, Max "La ética y como tal acción".